

CAPITULO II.

POETAS Y FILÓSOFOS DEL IMPERIO.

LUCIO ÁNNEO SÉNECA.

Estado del mundo romano, al aparecer en la república literaria los poetas cordobeses.—Dotes de los poetas españoles.—Lucio Ánneo Séneca.—Su educación filosófica y literaria.—Su posición en Roma.—Su muerte.—Sus obras.—LAS TRAGEDIAS.—Si son parto de un solo ingenio.—Sistema dramático que en Séneca revelan.—Sus imitaciones del teatro griego.—Caracteres de estas imitaciones.—La poesía en manos de Séneca.—SUS OBRAS FILÓSÓFICAS.—Vacilación de Lucio Ánneo entre los más encontrados sistemas.—Contradicciones en que incurre.—Causas de las mismas.—Su representación como poeta y como filósofo, respecto de la sociedad en que vive.

Culpan los críticos extranjeros con harta frecuencia á los ingenios españoles que en la antigüedad florecieron, de haber corrompido las letras latinas; mas ni esta acusación aparece plenamente justificada, ni se han reconocido siempre con la madurez debida las causas que apresuraron aquella fatal y asombrosa decadencia. Sólo se ha señalado un paso entre el siglo de oro y la corrupción de las letras, entre Virgilio y Séneca, Horacio y Lucano. Asentando que la innovación proclamada y llevada á cabo por aquellos

ilustres cordobeses, fué más bien hija de la inquietud de sus genios que del estado del mundo romano, háse asegurado al par que no hubo en la latina, como en las literaturas vulgares, poetas imitadores y descoloridos, cuyas obras exigieran peligrosas revoluciones¹. Pudiera acaso admitirse esta explicación de la decadencia de las letras del Lacio, cuando no encontráramos ya en las producciones del siglo de oro amagos de próxima ruina, y cuando no descubriésemos en las costumbres y vida del Pueblo Rey el mortífero cáncer que había de extenderse en breve por todo el cuerpo del Estado; contagio que propagándose á las obras del ingenio, prendió primero en la literatura y se apoderó después de las bellas artes. Aquella revolución, tan vociferada por los retóricos modernos, en la cual pudieron y debieron tener influencia la ingénita aspereza y libertad de los poetas españoles, estaba sin duda aparejada desde la destrucción de la República (en que cayó envuelta la tribuna), bien que brilláran en la corte de Augusto los más esclarecidos escritores de Roma. Las grandes revoluciones intelectuales no se operan en un solo día: efecto siempre de largos sacudimientos políticos, llegan á verificarse cuando la sociedad se prepara á cambiar absolutamente de formas, lo cual se estaba á la sazón realizando en el mundo, con el nuevo astro de luz que se había levantado en el Oriente.

Difícil es, no obstante, el señalar todas las causas que contribuyeron á despeñar en el abismo las letras latinas, desde la altura á que las había sublimado aquella brillante cohorte de ingenios, patrocinada por Mecenas. Sorpréndenos por una parte la espantable corrupción de aquel pueblo que, despojándose ante las crueldades de Tiberio, ante las locuras y torpezas de Calígula, ante la inercia repugnante de Claudio de la libertad heredada de sus mayores, y afeminado ya por los placeres, desvanecido por el fausto y la opulencia y embrutecido por el sangriento espectáculo de los anfiteatros y de los circos, caminaba á sabiendas á la barbarie.

La Roma de la República había tiranizado al mundo; pero

¹ Nisard, *Etudes de mœurs et de critique sur les poètes latins de la décadence*, tom. I, premiere partie.

aquella tiranía que por ejercerse con el fin exclusivo de la dominación material de las armas, aunque dura y cruel por extremo, se había limitado principalmente á la esfera de la política, dejando á cada pueblo la independencia de su espíritu, y con ella los preciados tesoros de su religión y de sus costumbres¹, no había alcanzado á ahogar del todo los gérmenes internos de vida que abrigaban las naciones, uncidas al carro triunfal de cónsules y pretores. La Roma del Imperio, pensando acaso conquistar su cariño, apellidó á todos los pueblos sus hermanos; pero al escucharse este nombre de Oriente á Occidente, brotaron con fuerza incontrastable los reprimidos instintos de las antiguas nacionalidades, pidiendo cada cual la representación que en el comun Estado juzgaba corresponderle; y recordando tal vez sus antiguas ofensas, lejos de abrigar sentimientos de gratitud por tan inusitado beneficio, moviéronse todas á lavar las antiguas injurias, saciando sus inveterados odios. La Roma del Imperio coronaba pues á sus enemigos y á sus esclavos con el laurel de los cónsules y los dictadores; mas hundida en afrentosos crímenes, y embriagada en medio de eternas saturnales, ni acertó á comprender que se disponían á ejecutar en ella el rigor de sus venganzas, ni aun despertó de su letargo, al ver despedazar su manto de púrpura en el pretorio de los Césares.

En esta corte depravada, donde la prostitución anidaba en el lecho de los Augustos, donde las matronas de más elevada estirpe, olvidando las Lucrecias y Cornelias, seguían desatinadas las torpes huellas de las Flavias y Mesalinas, aparecen aquellos romanos, domadores del mundo, en toda su vergonzosa y triste desnudez; con sus inauditas maldades y mísera impotencia; con sus sórdidas pasiones y hedionda molición, no acertando siquiera (en medio de los deleites que de remotos confines les trajeron sus pretores) á conservar la dignidad de hombres. «Quién hay entre vuestros compañeros (decía Marco Anneo Séneca, completando el cuadro de la ruina de la elocuencia) que sea, no digo ya bastantemente ingenioso, bastantemente estudioso,

¹ Véase lo que sobre el particular dejamos expuesto, con la autoridad de los escritores clásicos, en el capítulo precedente, págs. 8 y 9.

»pero ni aun bastantemente hombre?... Viven afeminados y endeblez, sin quererlo ellos, porque así nacieron, siendo celadores de la vergüenza ajena y descuidados de la suya propia ¹.»

Á tal extremo había llegado la señora de las gentes bajo el centro de aquellos tiranos, nacidos para afrentar la púrpura, poniendo verdadero espanto el tejido de crímenes y maldades, que prepara la exaltación de Domicio á la silla de los Césares. Una sociedad y una juventud así envilecidas y retratadas con tan negros colores por el pincel del filósofo, no podían en modo alguno ministrar al poeta ni al historiador nobles ni virtuosos modelos: era de todo punto imposible que quien se había dejado arrebatar cobardemente la libertad, pudiera sostener la gloria de los Horacios y Virgilio, ni aspirar siquiera á restaurar en la tribuna los claros timbres de los Hortensios y Cicerones. «No quieran los dioses que caiga en estos jóvenes la elocuencia,» exclamaba Marco Anneo, al contemplar el triste cuadro de afeminamiento é ignorancia, que á fines del siglo VIII de Roma presentaba aquella ciudad, émula en los primeros días del mismo de las glorias de los Pericles y Demóstenes, y ardiente admiradora de Píndaro y de Homero.

Pero si era humanamente imposible que en medio de tanta corrupción pudieran brillar los resplandores del siglo de oro, natural parecía también que aquella literatura, hija esencialmente de la imitación helénica, bastardeara y se malease al acampar en Roma y reivindicar la representación de hombres, con los derechos de

¹ In praefat. *Controversiarum*. Algun tiempo despues escribia su hijo Lucio Anneo, insistiendo en el mismo propósito: Ad sapientiam quis accedit?... quis dignam iudicat, nisi quam in transitu noverit? Quis philosophiam, aut ullum liberale respicit studium, nisi quum ludi intercalantur, quum aliquis pluvius intervenit dies, quem perdere licet? Itaque tot familiae philosophorum sine successore deficiunt. Academici et veteres et minores nullum antistitem reliquerunt. Quis est, qui tradat praecepta Pyrrhonis?... Pythagorica illa invidiosa turbae schola praeceptorem non invenit. Sextiorum nova et Romanis robore secta inter initia sua, quum magno impetu coepisset, extincta est. At quanta cura laboratur, ne cuius pantomini nomen intercedat?... Harum artium multi discipuli sunt, multique doctores (*Quaest. Natur.*, Lib. VII, cap. XXXII). Ténganse presentes estas palabras de Séneca para el estudio de su educación literaria.

ciudadanos, los que antes sólo habían osado penetrar en su recinto como esclavos. La civilización romana, amasada con la sangre de las naciones vencidas, é iluminada por el radiante astro de Atenas, había recibido todos los elementos de cultura que germinaron en los pueblos del archipiélago: su Olimpo llega á ser el Olimpo de los griegos; sus leyes, nacidas primero en el interés exclusivo de la ciudad, reflejan al cabo las leyes del Ática; sus artes son remedo de las artes de los Fidias y Praxiteles, de los Ictinos y Ctesiphones: sus poetas, sus historiadores, sus repúblicos estudiaron con esmero la lengua de Tyrteo, Hesiodo y Eschynes, acaudalando con sus tesoros el idioma patrio.

Una literatura que sólo había brillado desde los tiempos, en que despojada de su originalidad, aspiró á seguir las huellas de los griegos, revistiéndose de las formas creadas por el arte homérico, é inspirándose en sus producciones, no podía sostener por largo tiempo aquel extraño esplendor, llevando ya en sí los prematuros gérmenes de su decadencia. Sin apartar la vista de los grandes modelos, y animados aun por la majestad romana, solemnizaron Horacio y Virgilio los triunfos de Augusto, levantando la poesía al encumbrado asiento, de que había caído la tribuna; pero si fué la elocuencia en la Roma republicana arma poderosa de gobierno, apoyándose enérgicamente en las costumbres populares, no brillando la poesía por virtud propia, vióse obligada á admitir nuevos elementos, falta de fé para sustentar sus fueros y leyes, y exhausta de fuerzas para defender sus conquistas. Así, cuando se altera y relaja la moral; cuando se corrompen las costumbres; cuando cambia de aspecto la política, enflaquecido ya el sentimiento patriótico, y postrado aquel espíritu guerrero que había domeñado al mundo, caen también por el suelo los ídolos literarios de Roma, hollados, como las antiguas tradiciones de la inmortal ciudad, por todos los pueblos; contrastados por opuestas nacionalidades, rechazados por los más contrarios instintos, y ahogados finalmente en el cieno de la más afrentosa impureza. ¿Ni qué otra cosa podía suceder donde se quemaba el vil incienso de la adulación ante las doradas estatuas de tan aborrecibles tiranos, como Tiberio y Calígula? ¿Donde los Padres Conscriptos, depositarios un día de la rectitud y de la justicia, se habían convertido

en míseros instrumentos de opresión, manchando sus diestras con la sangre de sus conciudadanos? ¿Donde se compraba el precario seguro de la vida al precio infame de pérfidas delaciones? ¿Donde una horda de mal avenidos soldados repartía honras y dignidades, dando y quitando la púrpura á su antojo?

Á estas causas, bastantes por sí para labrar la ruina de la civilización romana, apartando á los imitadores del arte helénico del camino seguido bajo los auspicios de Mecenas, agregábanse necesariamente otras de gran bulto é importancia, bien que no aducidas aun por la crítica, al estudiar la decadencia de la expresada literatura. Aquel espíritu de independencia que había sobrevivido en todos los pueblos á la dominación romana, hostil siempre á la mano que le comprime, debía encontrar, y encontró en efecto, su más firme apoyo y valedor en la nueva doctrina que empezaba á regenerar el mundo. Diez y nueve años hacia que manchaba Tiberio la púrpura de Augusto, cuando se consumaba en el Gólgota la divina obra de la redención del género humano. «Del pié de la cruz, donde fué enclavado el Salvador por la ingratitud y la ceguera de los hombres, partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, á predicar por todo el mundo la doctrina de la salud y á derramar en todas las naciones la semilla de la civilización verdadera, que había de cambiar la faz del universo¹.» Despreciada primero de los gentiles, penetraba aquella doctrina en el hogar doméstico; y fortaleciendo el corazón de los débiles, cicatrizando todas las heridas y prometiendo eterna bienandanza, en pago de las penalidades y miserias de la vida, venia á establecer entre los hombres la igualdad, rescatándolos de la vergonzosa servidumbre, en que yacían. Ni se anunciaba por la violencia, ni se difundía por medio del terror ni del hierro: blanda, benéfica, consoladora se apoderaba de los flacos sin resistencia; se insinuaba con dulzura en el corazón de los fuertes; se derramaba entre los poderosos como refrigerante rocío, destinado á apagar las llamas de sus desapoderadas pasiones, y aparecía en fin entre todos, como vínculo de fraternidad sublime.

Doctrina tan eficaz y así difundida, era el más terrible arie-

¹ Chateaubriand, *Etudes historiques*.

te que se había asestado jamás contra el gentilismo; y conocido el estado de los espíritus, no puede maravillarnos que hiciera rápidas y prodigiosas conquistas. La misma Roma, cabeza del gentilismo y centro de aquella dolorosa corrupción que tenía asombrado al mundo, recibe dentro de sus muros á los apóstoles del Crucificado, que ponen en ella la silla de la Iglesia, y se estremece y conturba, al ver derramada por mano de Nerón la sangre de los primeros mártires. Esta portentosa transformación, operada al propio tiempo en todas las clases de la sociedad, debía necesariamente contribuir á cambiar el aspecto de las artes y de las letras, siendo bajo muchos conceptos evidente que en el estado en que se hallaba el mundo romano, había de servir también la predicación evangélica de causa poderosa á la ruina de la literatura del siglo de oro, lo cual sobre probarlo ya la decadencia del arte declamatorio, vencida por la elocuencia cristiana, lo manifiesta de una manera inequívoca la fluctuación entre lo pasado y lo porvenir, en que aparecen los hombres más eminentes, que durante aquella edad florecieron¹.

Hé aquí el momento en que llegan á la arena literaria los poetas de Córdoba. La lucha empeñada entre los caducos intereses materiales del antiguo mundo y los intereses altamente morales de la nueva sociedad que había resucitado, cual peregrino fénix, de sus antiguas cenizas; entre los errores del ya desautorizado gentilismo y la salvadora idea que por todas partes se derramaba, lucha multifórme que iba á reproducirse con las cien faces de Proteo, ensangrentando uno y otro siglo, era esencialmente religiosa y filosófica: su influjo debía cundir por tanto á todas las esferas de la vida, cambiando radicalmente el aspecto de todo lo

¹ Véase el capítulo V del presente volumen, donde procuramos presentar más de lleno la gran lucha entre la gentilidad y el cristianismo. Para nosotros tienen tanta fuerza todas estas consideraciones políticas y religiosas, que sobre rechazar la doctrina de Nisard, como poco satisfactoria, no podemos admitir de lleno la opinión del docto Villemain, que atribuye al despotismo de los Césares la decadencia de las letras latinas (*De la corruption des lettres romaines sous l'Empire; Etud. de Litt. anc. et etran.*, pág. 127 y sigs.). Esta es una de tantas causas, y por cierto no de las menos eficaces; pero no la única ni la principal, según llevamos expuesto.

presente; y cuando fijamos nuestras miradas para determinar la distancia que existe entre esta época y el reinado de Augusto, tenemos por seguro que no es posible sostener con fundamento, cual se ha pretendido, que sólo media un paso entre Horacio y Virgilio, Séneca y Lucano, señalando á los últimos como exclusivos causadores de la decadencia de la poesía latina. Tuvieron sin duda en ella alguna parte, efecto natural de la independencia y briosa aspereza de su ingenio; mas no porque brillen en sus obras, sobre toda otra virtud literaria, estas singulares dotes, hijas esencialmente del suelo en que nacen, habrá nunca justicia para cargar sobre ellos toda la responsabilidad de aquella dolorosa pero inevitable revolucion; apartando voluntariamente los ojos de cuanto estaba sucediendo de uno á otro confin del mundo. Para merecer título de justos y aspirar al acierto ambicionado, necesario es pues que los consideremos desde el punto de vista en que realmente aparecen.

El primero y más ilustre de cuantos, educados bajo las máximas literarias de Marco Anneo, figuran en aquella época de contradicciones y de escándalos, es su hijo Lucio, nacido en Córdoba el año tercero de la Era cristiana ¹. Nadie, como él, dá testimonio de aquel estado de conturbacion en que al tomar plaza bajo las banderas de los poetas y de los filósofos, encontraba ya al mundo romano: nadie personifica con tanta verdad y vigor aquella terrible ansiedad, que habia asaltado todos los espíritus, cual sintoma inequívoco de la gran ruina que amenazaba á la civilizacion de los antiguos pueblos.

Llevado á Roma por su padre en muy tierna edad ², dedicóse al cultivo de la poesía y de la elocuencia, ocupacion favorita de la juventud dorada, para quien se habian cerrado ya las puertas de los grandes asuntos del Estado; é hizolo con tal empeño que llegó Marco á temer por su vida, quebrantada su salud con el excesivo trabajo. Fueron sus maestros en la gramática Higinio Cestio y Asinio Galo, é inicióle en el arte declamatoria su propio padre, á cuya persuacion se ejercitó por algun tiempo en el foro,

¹ Liberto Fromondo, Notas á las *Quaestiones naturales*, lib. IV, cap. IV.

² De Consolatione ad Helviam, XVII.

no sin excitar la envidia y aun las burlas de otros declamadores, entre quienes se contaba el emperador C. César Caligula, que trueca al cabo sus amargas censuras en terrible ojeriza ¹. Tal vez esta persecucion tiránica, que no debia ser la última para Séneca, le arroja, todavia no granada su inteligencia, en el difícil campo de la filosofía, erizado á la sazón de grandes é insuperables escollos: falto de consejo para abrazar una escuela entre tantas como á la sazón se disputaban el triunfo, Séneca, llegado apenas á la juventud, procura seguir al propio tiempo las huellas de los estóicos y los pitagóricos, oyendo al par las lecciones de Atalo, Socion de Alejandria, Sextio, Fabiano y Demetrio Cínico ². Causa debia ser esto de que, empeñándose en asimilar tan opuestas doctrinas,

¹ La enemistad de Caligula llegó, segun el testimonio de Dion Casio, al punto de condenarle á muerte. Este historiador dice: ὁ δὲ δὴ Σενέκας ὁ Ἄννιος Λούκιος, ὁ πάντας μὲν τοὺς κατ' αὐτὸν Ῥωμαίους, πολλοὺς δὲ καὶ ἄλλους σοφία ὑπερέρας, διεφθάρη παρ' ὀλίγον, μήτ' ἀδικήσας τι, μήτε δόξας, ὅτι δίκην τινὰ ἐν τῇ συνεδρίῳ παρόντος αὐτοῦ καλῶς εἶπε· τοῦτον μὲν οὖν ἀποθανεῖν κελεύσας ἀφῆκε, γυναίκεϊ τινὶ ὧν ἐχρηστοπιστεύσας, ὅτι φθόρῃ τε ἔχοιτο κακῶς, καὶ οὐκ ἐς μακρὰν τελευτήσει. «L. Anneo Séneca, que superaba en ciencia á todos los romanos de su tiempo y á otros muchos, estuvo á punto de perecer, no por crimen alguno, ni aun por sospecha de crimen, sino porque habia defendido en el Senado á presencia de Cayo [Caligula] brillantemente cierta causa. Perdonóle Cayo, aun ya condenado á muerte, fiado en que una de sus concubinas le aseguró que padecia [Séneca] tal enfermedad que no viviria mucho» (*Hist. Rom.* lib. LIX, *C. Caligula*). Suetonio dice al propósito: «Lenius comptiusque scribendi genus adeo contemnens (Caligula) ut Senecam, tum maxime placentem, *commissiones meras* componere et *arenam esse sine calce* diceret» (*De Caligula*, cap. LIII).

² Conviene advertir aquí que el mismo Lucio Anneo aumenta el catálogo de sus maestros con el nombre de Metróanax, á cuya aula declara terminantemente que asistia, aun en edad madura (Ep. LXXVI). Entre todos sus maestros, parece dar notable preferencia á Sextio, de quien dice: «Quatum in illo, dii boni, vigoris est, quatum animi?... Hoc non in omnibus philosophis invenies... Instituunt, disputant, cavillantur: non faciunt animum, quia non habent. Quum legeris Sextium, dices: Vivit, viget liber est, supra hominem est» (Ep. LXIV). Ni es de olvidar el respeto con que menciona á Socion, Demetrio y Atalo (Eps. LXVII y CVIII), ni la predileccion que muestra por su condiscipulo Clarano, á quien, doliéndose de que fuese contrahecho, apellida «ingenium fortissimum ac beatissimum» (Ep. LXVI).

comenzara ya desde su edad temprana aquella vacilacion de ideas que resalta en todos sus escritos y que determina tambien sus costumbres y sus creencias religiosas. Ya absteniéndose con Sextio del uso de la carne, y haciendo cada dia escrupuloso exámen de conciencia ¹; ya durmiendo, como Atalo, en duros y miseros jergones y congratulándose, al salir de su clase, de ser pobre ²; ya mostrándose, como Socion, admirador apasionado de la doctrina pitagórica ³, el ilustre hijo de Marco descubria en sus estudios juveniles y en sus aficiones intelectuales aquella zozobra que debía agitarle toda su vida.

Superior no obstante á cuantos jóvenes, tocados del espíritu de frivolidad, aparentaban amar el culto de la filosofia, y de los cuales decia despues el mismo Séneca que no discípulos, sino inquilinos de los filósofos debian ser apellidados ⁴, pasaba á Egipto en la primavera de su vida con Vestrasio Polion; y admirando allí los majestuosos restos de la antigua civilizacion de los Pharaones, aspiraba tambien á señorearse de los más recónditos misterios de la ya famosa escuela de Alejandria, destinada á ejercer no pequeña influencia en las edades futuras. Muerto el cónsul, restituyóse Lucio Ánneo á Roma, donde le alcanzó la *Questura* el valimiento de su familia. Pero acusado en el primer año del imperio de Clau-

¹ Epist. CVIII. cit. Respecto del uso de la carne, observa el mismo Séneca, que demás de condenarla Sextio, como alimento contrario á la buena salud (*bonae valetudini contraria alimenta*), era opuesto á la doctrina de Pitágoras, relativa á la trasmigracion de las almas, conforme ámpliamente le habia enseñado Socion (Id.).

² *Saepe exire e schola pauperi libuit* (Ep. CVIII). Séneca nos manifiesta despues que, entrado en el tráfigo de la ciudad, conservó pocas cosas de la severidad de Atalo: «*Deinde ad civitatis vitam reductus, ex bene coeptis pauca servavi*» (Id.).

³ L. A. Séneca recordaba el entusiasmo filosófico de su juventud, diciendo á Lucilio: «*Quantum maiori impetu ad philosophiam iuvenis accesserim, quam senex pergam, non pudebit fateri, quem mihi amorem Pythagorae iniecerit Sotion, etc.*» (Ep. CVIII cit.).

⁴ Hé aquí sus palabras: «*Quos ego non discipulos philosophorum, sed inquilinos voco. Quidam veniunt ut audiant, non ut discant; sicut in theatrum voluptatis causa ad delectandas aures, oratione, vel voce, vel fabulis ducimur*» (Ep. CVIII).

dio (42 de J. C.) de haber tenido parte en el adulterio de Julia, hermana del César, fué desterrado á Córcega ¹; destierro que hizo memorable, con otras obras, el libro *De consolatione*, dirigido á su madre Helvia ². Ocho años vivió proscrito: muerta al fin Mesalina (48 de J. C.), llamóle Claudio á la córte, no sin propia solicitud ³, poniendo á su cuidado la educacion de Domicio Neron, hijo de Agripina, á quien habia levantado á la púrpura. Grandes fueron la autoridad y las riquezas que, olvidadas ya las máximas aprendidas en las escuelas de Socion y de Sextio, alcanzó Séneca desde entonces: elevado á la dignidad de cónsul con Trebelio Máximo, merced al favor de Agripina ⁴; erigido en maestro, y admirado de la juventud dorada de Roma, despertó al cabo la envidia del mismo Neron (quien se habia ya apartado de su tutela para echarse en brazos de Pompeya Sabina y Tigelino), siendo acusado de que su fausto y lujo eran contrarios á la severidad de sus

¹ Esto indica Dion Casio con las siguientes palabras, despues de narrar el adulterio de Julia: ἐφ' ἧ καὶ ὁ Σενέκας ὁ Ἄννιος ἐφογγε. «Por lo cual fué tambien desterrado Ánneo Séneca» (*Hist. Rom. Lib. LX, Claudius*). Debe advertirse sin embargo, que segun la misma confesion de Séneca, Claudio le perdonó la vida, contra la sentencia del Senado. «*Deprecatus est pro me Senatium, et vitam mihi non tantum dedit, sed etiam petiit*» (*Consolatio ad Polybium*, cap. XXXII). ¿Será posible deducir de estas palabras que era culpable? J. Lipsio asegura que fué víctima de una calumnia (In *Senecae vita*); y esta es la más general creencia. Véase al propósito la *Historia de la vida de Lucio Ánneo Séneca, español*, por Juan Pablo Mártir Rizo, pág. 33 y siguientes (Madrid, 1623).

² Figura entre estas la ya citada *Consolatio ad Polybium*, que escribe «*longo iam situ absoleto et hebetato animo*» y casi olvidada la lengua (*verba latina*) en medio de los bárbaros, siendo en verdad digno de sentirse que este precioso libro haya llegado acéfalo á los tiempos modernos.

³ Séneca interpuso para con el César la tierna amistad de Polibio, liberto de Claudio, personaje á quien dirige la ya citada *Consolatio*: este paso ha sido duramente censurado por los críticos modernos, suponiendo que Séneca se habia humillado ante un hombre de baja extirpe, por obtener la libertad; mas no se ha reparado en que Polibio, segun el contexto del libro que Séneca le consagra, era no sólo filósofo, sino uno de los cultivadores de las letras, más apasionados de Homero y de Virgilio (*Consolatio*, caps. XXV y XXVI).

⁴ Justo Lipsio (*Vida de Séneca*) afirma que obtuvo Lucio tan importante cargo, aunque no en propiedad (Amberes, Opera L. A. Senecae, etc., 1652).

doctrinas ¹. Comprendió Séneca que empezaba á nublarse el astro de su prosperidad, y deseando detener el golpe que le amenazaba, dirigió á su discípulo una elegante oracion, donándole todos sus bienes y suplicándole que le señalara una escasa renta con que terminar sus dias, permitiéndole gozar de algunas heredades para su recreo ². No accedió Neron á los deseos de Lucio Ánneo: antes abrazándole en público, pareció quedar del todo reconciliado con él, lo cual vinieron bien pronto á desmentir los hechos. Complicado Séneca, tal vez calumniosamente, en la conjuracion de Pison, decretó Domicio su muerte el año undécimo de su imperio, concediendo á tan venerable anciano el fatal privilegio de elegir la manera de suplicio, que más le agradase. Escuchó Séneca la terrible sentencia con admirable tranquilidad de ánimo, mandando despues que le abriesen las venas ³; y aquel generoso espíritu, que habia vivido en lucha perpétua encerrado en un cuerpo débil y enfermizo, aquejado de horribles angustias, pasaba no obstante de esta vida con el mayor sosiego, no sin consolar tiernamente á Paulina, su segunda esposa. Al expirar, pronunciaba profundas y saludables sentencias, excitando la admiracion de sus coetáneos y la veneracion de aquellos grandes ingenios, que como Tácito, tuvieron por el remedio supremo de los males la infame prevaricacion del suicidio ⁴.

¹ Las riquezas de Séneca fueron verdaderamente fabulosas: Justo Lipsio, uno de los más diligentes investigadores de las antigüedades romanas, las hace subir á quinientos millones de sextercios. El maestro de Neron, llevando la antítesis de sus doctrinas al terreno de las costumbres domésticas, servia á sus convidados frugales manjares en vajillas de oro, y les daba asiento en mesas de cedro, cuyo valor excedia de un millon de sextercios. (*In vitâ L. Annae Senecae*).

² Cornelio Tácito, *Anales*, libro XIV, cap. LIII; Rizo, *Historia de la vida de Séneca*.

³ Tácito, *Anales*, lib. XV, cap. LXIV. Este doloroso espectáculo, en que se ostenta con tan negro colorido la ingratitud del hijo de Agripina, arranca á Juvenal aquella terrible pregunta (Sátira VIII, vers. 111 y 112):

Libera si dentur populo suffragia, quis tam
Perditus, ut Senecam dubitet praeferre Neroni?

⁴ De notar es aquí lo que sobre las dolencias que le afligieron desde su juventud, decia L. Ánneo á Lucilio, manifestándole que sólo el respeto á las

Tal es el sumario de la vida de Lucio Ánneo Séneca, vivo espejo de las contradicciones y grandes antítesis que brillan en sus obras, las cuales han dado origen á muy reñidas controversias entre críticos y retóricos. Distinguido por unos con el renombre de *filósofo*, y designado por otros con el de *trágico*, háse llegado á menudo hasta el punto de suponer la existencia de dos distintos escritores, llevados sin duda los que así han pensado del error de confundir las producciones de padre é hijo ¹. Cohonestado semejante extravio con la pretendida disparidad que resalta entre sus obras filosóficas y literarias, se ha perdido de vista por una parte la educacion de Séneca, y se han desconocido lastimosamente por otra la situacion en que el ilustre hijo de Córdoba aparece y los tiempos que alcanza ². Mas precisamente en esa fluctuacion de

canas de su padre le habia apartado de quitarse la vida: «Ad summam maciem deductus, saepe impetum cepi abrumpere vitae: patris me indulgentissimi senectus retinuit. Cogitavi enim, non quam fortiter ego mori possem, sed quam ille fortiter desiderare non posset. Itaque imperavi mihi ut viverem» (Ep. LXXVIII). Adelante veremos más latamente cuál era su doctrina en punto al suicidio. Debemos notar que demas de sus propias obras, hemos consultado para estos apuntes biográficos el cód. iij h. 4 de la Bibl. Escorial. que lleva este título: *La vida é las costumbres de los viejos filósofos*. En lugar oportuno volveremos á mencionar este precioso MS.

¹ Véase lo que dejamos advertido respecto de las ediciones de las *Controversias* y *Suasorias* de M. A. Séneca (pág. 45, nota 2 del capítulo precedente).

² Digno es de notarse que este empeño, en nuestro sentir explicado sólo por la indolencia de los que le abrigaron, fué por mucho tiempo tema obligado de los retóricos, entre quienes duran todavía no pequeñas raices de semejante error. La division de Lucio Ánneo Séneca en dos distintos personajes (el *trágico* y el *filósofo*) es tan infundada como la que se pretendiera hacer de Marco Tulio Ciceron, porque siendo escritor polígrafo, brilló igualmente como *retórico*, como *orador* y como *filósofo*. El estudio profundo de Séneca mostrará siempre al verdadero crítico que, así en sus tragedias como en sus libros filosóficos, existe un fondo indestructible de unidad, que revela al propio tiempo un solo hombre y una sola época. Pero tampoco faltan, fuera de las obras de Lucio Ánneo, fundamentos históricos; y desde luego nos atrevemos á proponer á los partidarios de esa pretendida dualidad personal las preguntas siguientes: ¿Quiénes fueron los padres del segundo Lucio Ánneo Séneca? ¿Dónde nació? ¿Á quiénes tuvo por maestros?... ¿Quiénes fueron sus amigos?... Todo esto se sabe perfectamente del hijo de Marco Ánneo y de Helvia; pero de seguro jamás se averiguará de esa especie de mito, creado por

ideas, en esa vacilacion de sistemas, que así ha dado tormento á los comentadores y que constituye á los ojos de la sana crítica la unidad interna del carácter literario del hijo de Marco, se encuentra la más firme razon para admitir, como un hecho aceptable y verosímil, que son debidas unas y otras á su brillante pluma. Al contemplar á Séneca ya apoyándose en el estoicismo del filósofo de Cicio, ya acatando las doctrinas de Platon, ya abrigando los errores de Epicuro; al verle perplejo entre la materia y el espíritu, entre la creencia y la duda, ¿quién no recuerda al discípulo de Sextio, Atalo, Socion y Demetrio?... ¿Quién no trae á la memoria el caos en que yacian la moral y la política, mirando abrirse ante la ciudad de los Cincinatos y Coriolanos el abismo en que aquella civilizacion habia de caer en breve despeñada?... ¿Quién no vé por último el radiante astro de luz y de esperanza que habia amanecido al mundo, para desvanecer los errores de la gentilidad y trocar la faz de las naciones?...

Sin duda no llegó á comprenderse que es condicion propia de grandes hombres el revelar en sus producciones el estado moral, intelectual y político de sus coetáneos, ya combatan en ellas el extravío de las ideas y sentimientos dominantes, ya sigan el impulso de la muchedumbre, reflejando ó apoderándose de su espíritu; y esta incompleta manera de juzgar las obras del ingenio ha sido causa de la esterilidad de semejante clase de investigaciones. Á haberse considerado que esa inclinacion de Séneca á rechazar y

los retóricos, á quienes se oscureció en esta cuestion el muy celebrado epigrama del español M. Valerio Marcial, en que aludiendo visiblemente á Marco y á Lucio Ánneo, su hijo, dice (Lib. I, epig. LXII):

Duos Senecas, unicumque Lucanum
Facunda loquitur Corduba.

¿Por qué Marco Valerio calló el tercer Séneca, que no hubiera sido por cierto menor gloria de Córdoba?... ¿Será posible admitir que, puesto á elogiar los ingenios cordobeses, ignorase la existencia del un Séneca (el filósofo ó el poeta), pues no es dado discernir á cuál de los dos alude?... No ofendamos al que supo lo que escribía, por disculpar á los que llevados de vanos caprichos, no han tenido fuerza bastante para desechar tan deleznales opiniones, visiblemente desmentidas por todos los escritores de la antigüedad clásica, como prueban las palabras de Tácito y las de Quintiliano, que abajo trascribimos.

seguir simultáneamente los más contrarios sistemas filosóficos; que esa vacilacion de su mente provenia del estado de sorpresa y perplejidad en que la humanidad se encontraba, no sólo no se habría supuesto la existencia de dos diversos autores, respecto de las obras de Lucio Ánneo, sino que descubriendo la unidad que resalta en el fondo de ellas, examinadas y comparadas á la luz de la filosofía, hubiera subido de punto su estima, desvaneciéndose toda sospecha de ilegitimidad, nacida de la semejanza exterior, que al par las caracteriza. Bajo este importante aspecto (necesario es dejarlo consignado) acaso no podrá presentarse otro escritor, en cuyas producciones aparezcan reflejadas con mayor fuerza las creencias y los sentimientos de sus contemporáneos. Séneca parece trazar, ya en sus obras filosóficas, ya en sus tragedias, la línea divisoria que existe entre el caduco filosofismo de la gentilidad y la doctrina del Evangelio, que estaba á la sazón comenzando á regenerar al mundo ¹.

La misma duda, la misma indecision de la idea, que se nota respecto de los sistemas filosóficos, aparecen tambien en las obras literarias de Séneca, fruto en gran parte de su juventud, bien que no sea ya hacedero fijar el momento en que escribe cada una de las que han llegado á nuestros dias. Discordes andan todavia los críticos sobre los títulos con que se le han atribuido las diez tragedias, únicas producciones que llevan su nombre ², y no se mues-

¹ Conveniente juzgamos notar que si bien existen diferencias esenciales entre la doctrina Evangélica y la doctrina del Pórtico, no dejó de contribuir la última al triunfo del cristianismo. Daban los estoicos absoluto predominio al alma sobre el cuerpo: concedía el Evangelio toda supremacia al espíritu sobre la materia; y mancomunadas ambas doctrinas en este principio, condenaron de consuno las pompas mundanales, y volviendo sus miradas á los bienes de otra vida, santificaron al par el ejercicio de las más nobles y austeras virtudes. Séneca, en medio de sus dudas y vacilaciones, se deja con frecuencia dominar de la doctrina estoica, que luego contradicen sus hechos. En estos instantes se acerca naturalmente á los cristianos, lo cual hizo sospechar, al verle citado como autoridad por los PP., que habia recibido las aguas del bautismo, punto que despues tocaremos.

² No solamente designa Quintiliano á Lucio Ánneo como poeta trágico, sino que dá á entender naturalmente por sus palabras que escribió otros poemas: Tractavit etiam (dice) omnem fere studiorum materiam. Nam et ora
TOMO I. 5